



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PÉREZ,

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

LII. II.

ARTÍCULO 12.º (1).

Habíase calmado la efervescencia del motín y las autoridades forales gobernaban en apariencia el reino; pero los nuevos tribunales, y singularmente D. Diego Fernández de Heredia, ejercían por medio de sus lacayos y alborotadores un influjo violento en los negocios de justicia. Pocos supieron la llegada de Antonio Pérez y guardaban tan cautelosamente el secreto, que nunca hubiera llegado á noticia de los inquisidores á no ser por unas cartas de Madrid, comunicadas por Juan de Basante que para otras había servido de conducto. D. Antonio Morejón sospechó que el señor de Biescas sabría su paradero; y en diferentes conferencias, que oía Pérez escondido detrás de una cortina, le prometió que sería bien tratado el perseguido si voluntariamente se pre-

sentase. Todas las ofertas fueron desechadas: no tenía solo Antonio Pérez la causa inquisitorial; sino que, acabada esta, fuese entregado á la jurisdicción regia para sufrir la sentencia pronunciada por Rodrigo Vázquez en el primer proceso.

Apenas llegaron á la corte las cartas del duque de Villahermosa y los condes de Aranda y de Morata, refiriendo los acontecimientos de 24 de setiembre, determinó Felipe enviar al reino el ejército expedicionario que había reunido en Agreda con objeto de socorrer á la turbulenta liga de Francia que le había nombrado su protector. Mandado por D. Alonso de Vargas, caballero extremeño que había conquistado su fortuna con su pericia y valentía, contaba en su seno los mejores oficiales y los mas afeados guerreros de la época. Sus fuerzas eran de doce mil hombres; maestro de campo general D. Francisco Bobadilla, jefe de la artillería Hernando Costa, de la caballería D. Diego Velasco.

Despachó cartas el rey á las Universidades de Aragón.—Estas universidades ó comunidades eran una reunión de pueblos que reconocían

Junio 27 de 1841.

(1) Véanse los números del 9 al 20.
TOMO I.—21.

por cabeza una ciudad dotada hasta cierto punto de jurisdiccion ó señorio, y formaban el cuarto brazo ó estamento de las Cortes.—Avisábales el soberano que no se turbasen, ni temiesen la entrada de las fuerzas castellanas, pues su único objeto era restablecer la hollada autoridad de los tribunales del pais y el vulnerado poder del Santo-Oficio. Temiendo la violencia de una reaccion, enviaron aquellas corporaciones sus síndicos al rey, suplicándole que no se llevase á cabo la entrada del ejército y ofreciéndose á castigar con sus propias fuerzas á los revoltosos. Aunque dispuesto á vengar la atropellada ley, sometió Felipe II el negocio al parecer del consejo. Su dictámen fue contrario á Aragon, haciendo presente que en todos los casos anteriores habia sido desairada la autoridad real; que la justicia se aplicaba con temor y parcialidad en el reino, y los escesos de Zaragoza habian llegado á tal punto, que solo un castigo pronto y eficaz podia evitar para el porvenir nuevas revueltas y alteraciones. El monarca pues, desechó la oferta de las universidades, agradeciendo su lealtad en atenta contestacion; y envió orden á D. Alonso de Vargas para que avanzase en direccion de Zaragoza. Sus instrucciones eran precisas: debia arreglar sus movimientos de manera que evitase un conflicto sanguinario, sin vejar á nadie, sin incomodar al pais, ni

romper con los sublevados á no ser que se presentasen como agresores. Al mismo tiempo despachó con una mision conciliadora y para calmar los ánimos al prudente marqués de Lombay, hijo del célebre S. Francisco de Borja, duque de Gandía.

Profunda sensacion conmovió á Zaragoza al saberse que el ejército castellano habia pasado la frontera de Aragon. Sentian los hombres sensatos el término á que habian venido los sucesos y atemorizábanse los tímidos de sus probables resultados. Antonio Perez, oculto entretanto en casa del señor de Biescas, animaba al de Bárboles, árbitro y señor de una ciudad aterrada y dominada esclusivamente por los alborotadores. Exageraban entre insultos y gritos la necesidad de resistir á la invasion, y exigian de los diputados que reclamasen del Justicia la observancia del fuero de Catalunya que prohibia la entrada de tropas estrangeras en el reino: queria escusarse la Diputacion manifestando la inutilidad de tal medida, la imposibilidad de la resistencia; pero forzada por las amenazas, accedió al fin á la insensata pretension del populacho. El desgraciado La-Nuza, sin energía bastante para resistir á lo que creia ilegítimo y peligroso, convocó á sus cinco lugartenientes: hubo discordia de pareceres, y con objeto de dirimirla, señalóse el 31 de octubre para una junta general de letrados.

A las once de la mañana de aquel día convocó á capítulo la campana de la Diputacion: llegaron los jurados de la ciudad vestidos con sus rozagantes gramallas de terciopelo carmesí forrado de oro, y precedidos por el doctor don Miguel Santangel; los diputados del reino, el Justicia mayor con cuatro de sus lugar-tenientes, varios asesores, doce letrados del claustro de la Universidad y muchas personas notables de Zaragoza. Habíase procurado dar á aquella junta un aspecto extraordinario de solemnidad. El hermoso y artesonado salon estaba cubierto de magníficas colgaduras carmesíes en que descollaban los retratos de los antiguos reyes de Aragon y de los condes de Sobrarbe: en el testero campeaba el melancólico semblante de Felipe II. A las puertas del salon apiñábase la gente y un populacho inquieto ocupaba las avenidas del palacio.

Impuesto silencio por los vergueños, mandó leer el Justicia el fuero de Calatayud, y el notario, cojiendo el libro y poniéndole un momento sobre su cabeza, en pié todos los asistentes, comenzó con voz entera su lectura: «De generalibus privilegiis regni Aragonum. Joannes II. Calatayuvii 1461.» Sonaron algunos aplausos, pero luego, con mayor calma, dió cuenta de la disposicion legal que prohibia entrar bajo pretexto alguno tropas extranjeras, incurriendo ipso facto los contraventores en la pena de muer-

te; mandando asimismo al Justicia convocar á espensas del reino la gente necesaria para resistir á la invasion. Tomó entonces la palabra el lugar-teniente Micer Bardaxí, para lamentar la ausencia de su compañero Micer Baptista de La-Nuza que habia salido de la ciudad protestando contra todo lo que se hiciese, por falta de libertad en la discusion; despues mesuradamente aseguró que, segun su parecer, se estaba en el caso marcado por el fuero. Prolongados aplausos acompañaron la última parte de su discurso, y oida la opinion de los doctores, decidióse por unanimidad que el Justicia estaba obligado á resistir al ejército del rey.

Publicada solemnemente esta declaracion, precipitóse el pueblo sobre la armeria de la ciudad, pidiendo los arcabuces y coseletes que en ella habia: negábanse los jurados, pero viendo la exaltacion de los corrillos y la irritacion que por instantes iba creciendo, ofrecieron reparirlas por parroquias sin tardanza.

Empezóse á convocar la jente de guerra con el mayor desórden: el duque de Villahermosa, el conde de Aranda fueron requeridos para prestar auxilio al reino: la Diputacion llamó á las armas á los aragoneses. D. Martin de La-Nuza fué elegido maese de campo general del ejército. En ocho dias, sin ningun elemento de organizacion, se había de improvisar la fuerza destinada á resistir á los famosos tercios cas-

rellanos, porque el 8 de noviembre estaba señalado para la reseña de las tropas.—La ciudad permanecía entregada á los agitadores mas violentos: los que hablaban el lenguaje de la razon eran tenidos por traidores: escondíanse los hombres pacíficos, ó se presentaban como esclavos de los frenéticos que imponían sus leyes de terror á las autoridades.—Y Antonio Perez, entretanto, observaba desde su retiro la marcha de los sucesos: su claro talento y su esperiencia de los negocios le mostraban la vanidad de los proyectos que se hacian; pero comprometido y audaz animaba á don Diego de Heredia y á don Martin de La-Nuza, pintándoles como imposible el retroceder, exajerándoles la severidad del rey y sus antiguas intenciones de allanar los fueros de Aragon. De esta manera el resentido ministro añadía leña al incendio de pasiones insensatas, entregándose por su parte á los azares de una lucha que, sobre ser su único recurso, era tambien un atractivo para la osadia de su carácter y la temeridad de sus proyectos.

Apiñábase el pueblo de Zaragoza en el campo del Toro donde debia verificarse la revista general: empezaba noviembre, y la lluvia caía lentamente helada por el viento que soplabá de Moncayo. Entreteníanse hablando los visos soldados de Aragon de la empresa que acometían: embriagados por los aplausos de la plebe, juzgábanse invencibles, y conta-

ban con desprecio las fuerzas del ejército real; mientras algunos pe-laires referian á los curiosos que, cuando los porteros ó notarios fueron de parte del justicia al monasterio de Beruela, dónde acampaba don Alonso, á notificarle la sentencia de muerte contra él pronunciada segun fuero, no solo los escuchó sino que mandó escoltarlos para que no recibiesen lesion alguna. Al dar las dos de la tarde los timbales y clarines tocaron llamada, y empezaron los gefes á aproximar las escuadras y á estrechar los pelotones. Lucido escuadron de la nobleza y gente principal de Zaragoza venia en buen orden, llevándo en medio el tradicional estandarte de San Jorge, recuerdo de las glorias aragonesas. Marchaba al frente con grave aspecto el Justicia mayor don Juan de La-Nuza, acompañado de algunos lugartenientes y jurados de la ciudad, del diputado don Juan de Luna, y de los señores de Villahermosa y Aranda que formaban el supremo consejo de la guerra.—Despues de algunos instantes, poniéndose el Justicia al frente de las tropas, dió tres veces el grito de guerra: «San Jorge por Aragon!» y cogiendo el estandarte, desplegó al soplo del viento el antiguo pendon de la caballeria aragonesa, entregándole en seguida al alférez mayor del ejército segun la antigua usanza. «¡Vivan los fueros! ¡Viva la libertad!» respondieron los numerosos espectadores de aquella escena; sonaban los clarines, agitá-

banse con entusiasmo las plumas de las gorras, inclinábanse las banderas, todo saludaba al venerado símbolo de tantas hazañas y de tanta bizarría.

Pero pasados estos primeros momentos de arrebató, al examinar aquel ejército, todos los hombres reflexivos murmuraban interiormente de la descabellada empresa á que se arrestaba. Sus fuerzas eran de cuatro mil hombres, sin disciplina, sin instrucción, sin armamento. Componíase la infantería en su mayor parte de la gente de Zaragoza, formada en compañías por parroquias y gremios con sus correspondientes motes: algunos soldados de señorios figuraban al lado de los montañeses de Ribagorza y de los de Teruel y Albarracín, únicos guerreros que habían acudido por parte de las comunidades: dos compañías de lacayos y gascones, instrumentos de los anteriores motines, representaban la parte mas bulliciosa de las fuerzas improvisadas: contábanse entre sus gefes todos los caudillos de las revueltas anteriores, que ni sabían organizar sus tropas, ni podían inspirarles la subordinación que les faltaba. La caballería estaba en peor estado aun; si bien algunos caballeros habían acudido al llamamiento del Justicia, casi el total de la escasa fuerza se reducía á los labradores de Zaragoza montados en malos rocines de labor. Siete cañones de escaso calibre, prestados por el duque de Villahermosa y el conde

de Aranda, traídos á duras penas de sus fortalezas de Pedrola y Epila á instancias de los diputados, figuraban como artillería de aquel ejército. Por otra parte ni municiones ni arcabuces: picas y partesanas eran el armamento común de la levantada soldadesca.

Con tales elementos fácil es de concebir la inutilidad y los peligros de la lucha que se preparaba. Los señores, los diputados, los lugartenientes y el Justicia sintieron un desaliento profundo, mal disimulado tal vez, pero contenido por el terror que inspiraba aquella plebe frenética, señora de una verdadera dictadura. Por otra parte estaban sobrado comprometidos muchos caballeros y magistrados para retroceder: así, sin esperanzas de triunfo, pero confiados en la suerte, aprestábanse á resistir el empuje de los formidables tercios de Castilla que avanzaban por las orillas del Ebro.

Desde la primer revista comenzó á manifestarse la disolución en aquel cuerpo sin cabeza: no podían los gefes, á pesar de la presencia del Justicia, contener á sus soldados ni sujetarlos á las reglas de la disciplina militar. Reconvieniendo el duque de Villahermosa á algunos voluntarios que reñían con voces descompasadas, les dijo: «¿no tenéis unión entre vosotros y queréis resistir á los estrangeros?» Esta palabra bastó: caláronse cien mechas, apuntaron á la par cien arcabuces, señalándole la turba y al

conde de Aranda que le acompañaba: «¡Maten á esos traidores!» decían los revoltosos; y perseguidos por aquella gente desalmada que los llenaba de insultos, apretaron los hijares de sus caballos, salvándose á duras penas en el monasterio de santa Engracia. Su asilo fué descubierto: los desgraciados señores tuvieron que saltar las tapias de la huerta, y caminando á pié durante una noche tormentosa y fria, llegaron á Epila estenuados de hambre y de cansancio. Resentidos de aquel atropello, los soldados de señorios recogieron sus banderas y volvieron á sus casas: retiráronse indignados los montañeses; y no pudiendo alternar con aquella turba, desbandáronse muchos vecinos de Zaragoza que en clase de gefes ó de soldados servían. Solo quedaron mil y quinientos hombres, la flor de los insurgentes, los vagabundos y rufianes: dominado por ellos, continuamente amenazado, el Justicia de Aragon nada podia hacer: llamábanle traidor si aconsejaba, cobarde si precavia; atrevíanse á su autoridad impotente los tribunales; y en esta apurada situación recibió secretamente una carta de las Universidades que, en vez de secundar el movimiento de Zaragoza, le reconvenían por haber tomado parte en aquel tumulto de malos vasallos; conjurábanle que aprovechase la primer ocasion de librarse de la opresion y fuerza ejercida por los inquietos «que como

quiera se ahoga no miran el agua que beben.»

Profunda tristeza sintió el infeliz La-Nuza al ver rota la única ánfora con que contaba en tan deshecha tempestad: si alimentaba aun algunas esperanzas, quedaron ante la realidad desvanecidas: el porvenir le aterró, y consultando con Don Juan de Luna, único amigo que le dejaba la suerte, determinó evadirse de manos de los revoltosos. Pero no era fácil la empresa. Adivinando su plan en el abatimiento de su semblante, rodeáronle los sublevados de una guardia especial que vigilaba sus pasos y observaba sus acciones.—El día 1.º llegó á Zaragoza la noticia de la entrada del ejército real en Pedrola sin resistencia alguna, al paso que una de sus divisiones bajaba en direccion de Alagon.

Los señores de Biescas y de Bárboles fueron á ver á Antonio Perez en su retiro: desesperada estaba la empresa, pero conviniéronse sin embargo en dejar caminar las cosas á su fin.—Aunque entrada la noche, presentáronse los capatazes en casa del Justicia, amenazándole con una muerte inmediata si no convocaba en el momento las tropas para defender el paso de Alagon antes que lo ocupase el ejército del rey. Ni excusas ni razones bastaron: formóse precipitadamente la turba; ondeó el estandarte de San Jorge, y bajo la direccion del maise de campo fué á acampar en Mo-

zalbarba, á una legua de Zaragoza. Con una compañía hubiera podido esterminarlos á todos D. Alonso de Vargas; pero, obediente á las órdenes de Felipe, no quiso derramar sangre aragonesa. Salieron los sublevados al amanecer, y al llegar á Utebo, hizo el Justicia mayor una seña á don Juan de Luna: aparentando castigar á su brioso caballo, metióle en los hijares el acicate, y seguido de su amigo, huyó á todo correr hácia Epila, donde se hallaba su madre doña Catalina de Urréa. —Con su partida acabóse de disolver la milicia tumultuaria; dispersáronse los insurgentes en varias direcciones; D. Diego de Heredia huyó hácia la montaña, y D. Martin de La-Nuza fué á llevar á Antonio Perez la infausta nueva que de antemano presentía.

Era necesario huir, pero no era fácil la retirada. Si la capital contenia aun elementos de agitacion, los pueblos comarcanos habian visto con indignacion su peligroso levantamiento: por otra parte el ejército de D. Alonso avanzaba á Zaragoza y podia adelantarse algun destacamento á cortar el paso á los fugitivos. Disfrazado Antonio Perez, y acompañado por el señor de Biescas que aun conservaba gran prestigio en la ciudad, salió sin ser reconocido, por aquella misma puerta que habia pasado pocos dias antes entre vítores y aclamaciones. Para que no saliera gente á detenerle y no se entendiera su partida, que-

dóse D. Martin discurriendo públicamente por las calles. Al día siguiente se presentó á las corporaciones que conservaban interinamente el gobierno: díjoles que si estuviesen resueltas á resistir, asistiría con su persona á la defensa de su patria; pero á no tomar este desesperado aunque heroico extremo, juzgaba oportuno conjurar en el retiro los agravios y rigores de tan deshecha tempestad: despues, en nombre del pueblo, pidió que se abriesen las puertas para todos los comprometidos en las revueltas anteriores. Su pretension fué acogida; dejóse la salida franca, y en aquel momento, montando á caballo, acompañado de dos buenos amigos y arengando con vehemente pasion á los corrillos temerosos, salió el valeroso jóven públicamente de la ciudad desolada.

Caminando con precaucion y por secretos senderos, al lado de Gil de Mesa, siempre valiente y fiel á su persona, tras largos dias de hambre y de miseria en las cuevas de las montañas, habia alcanzado entretanto Antonio Perez la villa de Sallen, situada en los Pirineos y perteneciente al señorío de Biescas. Dos dias despues llegó su constante amigo D. Martin de La-Nuza, resuelto á defender su fortaleza antes que entregar al desgraciado huesped que acogía.—Ya el día 12, sin disparar un tiro, sin obstáculo alguno, habia entrado D. Alonso de Vargas en Zaragoza: el virrey y las demas autoridades salieron á reci-

birle, alojándole con la mayor benevolencia, y empezando á dar asiento al buen orden de la ciudad.

Llegaron entretanto algunas cartas del dean de la catedral para don Martin de La-Nuza, proponiéndole varios recursos para arreglar definitivamente los negocios de Antonio Perez; no fueron admitidos; antes por el contrario, al ver el giro que iban tomando los asuntos del reino, parecióles bien enviar á Francia una persona que preparase el doloroso camino de la emigracion. Partió Gil de Mesa á Pau donde se hallaba Catalina de Borbon, princesa de Bearne, hermana de Enrique IV, con orden de interesar á la generosa dama para que en su amparo le recibiese. Dióle una carta el prófugo ministro, notable por mas de un aspecto, cuyo tenor es el que sigue:

«Serenísima Señora:

«Antonio Perez se presenta ante «vuestra Alteza por medio deste «papel y de la persona que le lleva. «Señora, pues no deve de aver en la «tierra rincon ni escondrijo á donde no aya llegado el sonido de «mis persecuciones y aventuras, segun el estruendo dellas, de creer «es que mejor avrá llegado á los lugares tan altos, como vuestra Alteza, la noticia dellas. Estas han «sido y son tales por su grandeza y «larga duracion, que me han reducido á último punto de necesidad, «por la ley de la Defensa y Conser-

«vazion natural, á buscar algun puer- «to donde salvar esta persona y apar- «tarla desta már tempestuosa, que «en tal braveza la sustenta la Pas- «sion de ministros tantos años ha, «como es notorio al mundo. Razon, «señora, bastante para creer que «he estado como metal á prueba de «martillo y de todas pruebas. Sup- «plico á vuestra Alteza me dé su «amparo y seguro, donde pueda «conseguir este fin mio, ó si mas «fuere su voluntad, favor y guia «para que yo pueda con seguridad «passar á otro Príncipe de quien «reciba este beneficio. Hará vuestra «Alteza obra debida á su Grandeza, «pues los Príncipes tienen y deben «exercitar en la tierra la naturaleza «de los elementos, que, para con- «servacion del mundo, lo que un «elemento sigue y persigue, otro «acoge y defiende. Y como á los «Príncipes se les presentan y admi- «ten con gracia y curiosidad los ani- «males raros y monstruos de la na- «turaleza, á vuestra Alteza se le pre- «senterá delante un Monstruo de la «fortuna; que siempre fueron de «mayor admiracion que los otros, «como effectos de causas mas vio- «lentas. Y este lo puede ser por «esto y por ver con qué no nada se «ha tomado y embravecido tanto «tiempo ha la Fortuna, y por quien «se ha travado tan al descubierto «aquella competencia antigua de la «Fortuna con la Naturaleza, y la «porfia natural de la Passion de la «una con el favor de la otra y de las

«gentes.—De Sallen á 18 de Noviembre 1591.»

Sea que existiese antigua correspondencia formal entre los Borbones y Antonio Perez, como en la corte se sospéchaba, sea que su carta interesase á la de Bearne, Gil de Mesa escribió á Sallen muy satisfecho de su acogida. Marchaban entretanto hácia la fortaleza D. Rodrigo de Mur y D. Antonio de Bardaxi, señores de la Pinilla y de Concas: acompañábanles trescientos hombres de armas; su mision era prender á Antonio Perez; el precio de tal servicio el perdon de las penas en que incurrieran: ambos, procesados como contrabandistas de caballos en Francia, estaban bajo el peso de la sentencia decretada por la bula pontifical contra los que directa ó indirectamente auxiliaban á los secuaces de la heregia: el Santo-Oficio alzaba su condena si conseguian prender al fugitivo magnate. A las diez de la noche del 24 llegaron con el aviso los confidentes de Don Martin de La-Nuza: á aquella hora, se puso en camino Antonio Perez, acompañado de dos lacayos y un guia. Con trabajo y oscuridad marcharon toda la noche por los pasos de los Pirineos; inundaba la nieve las veredas que apenas podian distinguirse entre los precipicios y barrancos. Llegó por fin á Pau el dia 26. Trabajo le costó entrar: iba disfrazado con vestido aragonés, y tuvo que sufrir largo interrogatorio del capitan de la

guardia: no confesó su nombre: dijo solo que era español y venia en busca de un caballero su amigo. Al cabo de largos recaudos y mayores diligencias, acudió Gil de Mesa con la respuesta de la princesa Catalina, que ofrecia al ministro emigrado su amparo y proteccion. Entonces ya fué forzoso descubrirse. Saludáronle los oficiales, vinieron á verle los gentiles-hombres, y sin dejarle tiempo de mudar su vestido lleváronle á la presencia de la augusta dama. Afable y obsequiosa le recibió la princesa: presentóle á los señores de su corte que rodeaban admirados al célebre ministro español; y con graciosa indulgencia le aseguró de nuevo un asilo á su lado, espresándole en corteses frases cuanto estimaba los altos talentos que la fama repetia.

Tranquilo en Pau al lado de su protectora, y teniendo cada dia nuevas pruebas de su benevolencia, recibió una mañana la visita de D. Martin de La-Nuza. Al aproximarse los señores de Conca y de la Pinilla, desamparó el de Biescas á Sallen y pasóse á la frontera de Francia. Yendo y viniendo parlamentarios, tuvieron una entrevista en una peña, junto á la raya misma, encargándose de llevar á Antonio Perez las ofertas de arreglos que le hacia, por su medio, el virrey de Aragon: el ministro contestó que hiciesen proposiciones formales, reservándose el responder: volvió con esta contestacion D. Martin;

pero entretanto una orden de la corte prohibió toda clase de avenencias con el magnate emigrado: acabaron para siempre los conciertos y volvió á Francia el señor de Biescas, proscrito en espiacion de los desórdenes de Zaragoza.

Víctima mas ilustre de aquellas desatentadas revueltas, cayó tambien el Justicia mayor de Aragon. Despues de su fuga á Epila, dió un manifiesto don Juan de La-Nuza para sincerarse de la nota de cobarde que pesaba sobremanera á su pundonorosa alma. En este curioso documento, dictado mas que por la razon por las pasiones, aseguraba que su determinacion habia sido hija de la escasez de sus fuerzas y de la insubordinacion de su gente; pero que su voluntad hubiera sido resistir á toda costa la invasion de las tropas reales. Tranquilo el reino y el ejército en Zaragoza, volvió sin recelo á su tribunal para ayudar al asiento de los negocios.

El imprudente manifiesto del Justicia disgustó sobremanera al rey; pero poco acostumbrado á ceder al ímpetu de las pasiones, meditó maduramente y por muchos dias el partido que debia tomar. Resuelto al fin á cortar de una vez el nudo de tantas turbulencias y á hacer un escarmiento terrible, aunque para ello tuviese que tocar á los fueros del reino, envió á don Alonso de Vargas órdenes secretas y terminantes. —El dia 20 de diciembre salia La-

Nuza del palacio de la Diputacion, dirigiéndose á la iglesia de san Juan donde acostumbraba á oír misa. Un oficial le detuvo, intimándole que se diese á prision en nombre del rey. En vano protestó el Justicia: volviósse á pedir auxilio á sus lugartenientes que mudos y confundidos callaban: condujéronle los soldados, entre arcabuces, fuera de la puerta del Angel, al alojamiento del general, desde donde le llevaron á casa de don Francisco Bobadilla.

Entretanto el duque de Vilahermosa y el conde de Aranda salian presos en diferentes coches que los alejaban de Aragon; con destino el primero al castillo de Burgos y sentenciado el otro á la fortaleza de Coca, sujetos ambos á un proceso que se instruía.

Don Juan de La-Nuza se preparaba á morir. Habíanle notificado su sentencia escrita en una carta del rey á don Alonso de Vargas: «En recibiendo esta prendereys á don Juan de La-Nuza, Justicia de Aragon, y tan pronto sepa yo de su muerte como de su prision. Haréysle luego cortar la cabeza y diga el pregon assy. Esta es la justizia que manda hazer el rey nuestro señor á este caballero por traydor y convocador de Reyno y por aver levantado estandarte contra su rey: manda que le sea cortada la cabeza, confiscados sus bienes y derribados sus castillos y casas. Quien tal hizo que tal pague.» —El P. Ibañez, su confesor, entró en seguida: La-Nu-



za se arrojó en sus brazos, repitiendo frecuentemente, «¡Morir tan joven! ¡Dios mío!» el jesuita le prodigó los consuelos de la religion, y al hablarle de sus padres, cayó el prisionero llorando en un sitio, porque recordaba los disgustos que sus insensatos amores les causarían en los primeros años de su fogosa juventud.

Cubriáanse entretanto de tropas las avenidas del mercado; guardaban fuertes piquetes las puertas de la ciudad: ningún paisano transitaba por las calles que repetían solo la acompasada marcha de las patrullas: la artillería estaba repartida enfilando las plazas y apuntando á los mas notables edificios.—Al amanecer del día siguiente, con grillos en los pies, pero sereno el rostro y resignada el alma, salió el Justicia mayor en un coche con su confesor y tres sacerdotes que le acompañaban. Iba delante un pregonero publicando la sentencia: oyó La-Nuza al pasar junto al mercado la palabra traidor, y volviéndose al que la decía, contestó con gravedad: «traidor, no; mal aconsejado, sí.» No lejos de los balcones de su casa estaba preparado el cadalso: subió con paso firme y enteramente vestido de luto: abrazó á los religiosos, y empezó á entonar la tierna plegaria que comienza: «*Maria, mater gratia;*» en el último versículo cayó sobre su cuello el hacha del verdugo. Un silencio profundo reinó en el anchuroso recinto: la solemnidad de

aquella sangrienta ejecución, la importancia de la víctima llenaban de terror el corazón de los espectadores. Oscuros nubarrones encapotaban la atmósfera: la lobreguez del cielo parecía asociarse á la tristeza de la tierra.

Levantó en alto la cabeza el verdugo, y entonces resonaron los atambores y se inclinaron las banderas para rendir los honores debidos á la alta dignidad del Justicia de Aragón. Hicieronle un funeral magnífico: colocado el cadáver en andas suntuosas y con la cabeza entre las manos, fué conducido en hombros por D. Francisco de Bobadilla, conde de Puñonrostro, el conde de Oñate, D. Agustín Mexía, D. Luis de Toledo y otros varios comandantes y caballeros de la mas distinguida alcurnia al convento de San Francisco, panteón de su familia.

Su casa fué arruinada, y su castillo de Bardullur arrasado hasta los cimientos. Confiscada fué su hacienda; y para indemnizar á su hermano D. Pedro de La-Nuza, le hizo el rey conde de Plasencia y caballero de Santiago. Así acabó, á la edad de veinte y seis años, el Justicia mayor de Aragón: tres meses contó desde su elevación á su muerte: falto de experiencia en los negocios, alma poco templada para las revueltas y alteraciones, educado mas bien en amorosos devaneos que en los serios trabajos de la justicia, no tuvo suficiente firmeza para sostenerse

en el remolino de encontradas pasiones. Entendimientos mas hábiles, voluntades mas enérgicas dirijian las tramas y revueltas en que involuntariamente se comprometia; y al llegar la hora fatal, se halló entre dos enemigas fuerzas para ser víctima de entrambas.

En Pau alcanzó esta infausta noticia á Antonio Perez, al tiempo que por complacer á la princesa y satisfacer la curiosidad de sus amigos se ocupaba en la impresion de dos folletos que sin nombre de autor fueron publicados. Intitulábase el uno: «Pedazo de historia de lo sucedido en Zaragoza de Aragon á 24 de setiembre de 1591.» Era el epígrafe del otro: «Sumario del discurso de las aventuras de Antonio Perez desde el principio de su primera prision hasta la salida de los reinos del rey católico.» Ambos escritos son una apología en que se pinta el infeliz emigrado como víctima paciente de ajenas persecuciones, no apareciendo en la escena sino como ejemplo lastimoso de la crueldad de la fortuna. La verdad se halla frecuentemente alterada: el sentido histórico camina forzado á un fin: son, mas bien que una relacion imparcial, un alegato jurídico en propia defensa. Sin embargo, llevados á la Inquisicion aumentaron los cargos que contra el autor proscrito resultaban; mientras, atraídos por la fama de sus trabajos y la noticia de sus talentos, ofrecianle dos monarcas el abrigo de su proteccion:

convidábale Enrique IV á residir en París, llamábale á Londres con instancia la reina Isabel de Inglaterra.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

El Cid.

FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO.

Era la noche: su silencio blando
al mundo todo suspendido habia,
y el bienhadado esposo reposando
en brazos de su amor tierno yacia:
Solo el viento en las bóvedas zumbando
de un gótico castillo se sentia
que entre sus viejas ruinas aun se alzaba,
y solitario, lúgubre velaba.

Del valle ignoto entre el mortal desmayo
eleva el fuerte, cual gigante erguido,
grave su mole. El argentado rayo
quiebra Lucina en el torreón comido:
su luz descendiende plácida al soslayo
y el vecino raudal deja encendido,
retratando en las aguas importuna
su disco puro la modesta luna.

Junto á un yelmo y espada no distante,
en un flotante airón juega la brisa,
y un guerrero vestido de diamante
al pie del ancho foso se divisa.
Por su apostura y varonil talante
caballero parece de alta guisa,
y en su ademan prestísimo impaciente,
rival citado espera ó dama ausente.

Hacia la rámpa en magestad se mueve,
y entre las nieblas de la noche impías,
vé una diáfana sombra cruzar breve

las afligranadas galerías.

Gime el velo flotando al aire leve....
acercan su gemir las auras frías,
y brilla en fin, cual ángel de luz pura,
traslado aéreo de ideal figura.

Suave, tierna, gentil; si el viento mece
la blanca nieve del cendal ligero,
aureo, brillante querubín parece
que al mundo baja alado mensajero,
mas si serena, inmóvil enmudece
entre la calma del desierto otero,
semeja estatua en tumba magestuosa,
fúnebre emblema de llorada esposa.

No fué tan linda la engañosa Helena
cuando en medio de Pérgamo abrasada,
dura al clamor de la desdicha agena,
recibía al esposo enagenada.
Héctor tan bello en la sangrienta arena,
no como el paladín de la celada.
La de la veste y el cendal ligero
era Urraca, Rodrigo el caballero.

No pudo el Cid en la pasada aurora
á la Infanta gentil abrir su pecho,
cuando solo por verla de Zamora
puso á la juventud en duro estrecho;
mas libre ya de afán la dice ahora
de D. Sancho traidor el torpe accecho:
la muerte, el luto que en los campos vaga,
el inminente riesgo que la amaga...

El rey en tanto á la ciudad camina
y aprovecha las sombras diligente,
que es su intento mostrarse en la colina
cuando asome la aurora en el oriente;
y brilla el sol, y la ciudad vecina
mira acercarse la enemiga gente,
y de armas y caballos el sonido,
y el polvo que levantan y el ruido.

Así en la corva orilla del Jarama,
cuando impera en el cielo el can latrante,
la hueste fiera que reunió la grama

se ofrece al descuidado caminante:
que entre el polvo y rumor que el aire inflama
y de la honda al silbo penetrante,
con susto mira circundarle ahora
la atropellada turba mujidora.

Urraca del ejército aprestado
dá á D. Arias el mando en este día,
que en sesudo consejo era estremado,
y joven en aliento y bizarría.
A Berenguel, de su valor preciado
la gente aventurera le confía,
reservando á su espíritu seguro
la ciudad defender y el alto muro.

Y salen sus formados escuadrones
á recibir al sitiador violento,
y se asientan enfrente á los pendones
que el de Castilla desarrolla al viento.
De la una parte y otra los campeones
en silencio se observan un momento,
mientras la hueste, de Leon decoro,
se ordena al son del címbulo sonoro.

Un joven la comanda. Afable, puro,
brilla en Toledo la gentil Dosinda:
no hay beldad que la iguale en hermosura,
no hay doncel que á su hechizo no se rinda.
La ve Alverico: eterno amor la jura,
y agradar sabe á la doncella linda:
mas hoy es preferido, y hoy su fama
¡deber tirano! á combatir le llama.

Y el simple, cual rapaz que poma esbelta
en repuestos lugares atesora,
parte y reserva á su cercana vuelta
la virgen rosa deshojar que adora:
mas como aquel, tras de la alegre suelta
al desealar á la siguiente aurora,
halló la poma que escondió florida
en arrugada y fea convertida;

Así el leonés que tímido se ausenta,
verá al tornar que fiebre contagiosa
trocó en pálida, tosca y violenta

la linda faz de la doncella hermosa.
 ¡Triste Alberico! aun el amor sustenta
 en tí la imagen de la antigua diosa,
 y dice al mundo en tu reciente herida:
gozad ; no torna la ocasion perdida,

Junto al leonés el cántabro se alza
 de las coradas pieles revestido,
 que intratable en sus grutas arrancara
 al fiero lobo y javali rendido.
 De estrana forma y resistencia rara
 lleva una clava sobre el hombro erguido,
 lanza y ballesta breve, y red y lazo,
 y ancho pavés en el izquierdo brazo.

Alfonso le conduce en cuyo escudo
 brilla dueal corona. Cauteloso
 sigue á Vigildo el alaves sañudo
 armado de venabla ponzoñoso.
 El Astúr mas allá grave y forzado
 su poncho ostenta, su baston nudoso,
 y el caudillo valiente que le manda,
 Sancho señor de Oviedo y de Miranda.

El valenciano tímido, inconstante,
 en pós se eleva sin arnés de acero,
 desnudo el pecho, el brazo, y por delante
 libre de la rodilla al pié lijero.
 De honda armado y de foz, grave y pesante
 le precede el gallego mas severo,
 y al frente escueto y con pavés sencillo
 está Muño de Fava, su caudillo.

Muño, tan feo que al rapaz imprime
 espanto, su figura y nombradía,
 bate el henchido hijar, y el lomo oprime
 al bruto esteril que humilló Maria:
 bajo la alzada mole el campo gime
 del ingente animal que el Betis cria;
 y el arruga su rostro impio y cerdoso,
 de domarle risueño y jactancioso.

Y siguen otros y otros... los que moran
 de Pás y Tuy en la enriscada altura,
 los isleños que el cónamo atesoran

al comercio acudiendo y la cultura;
 los que su antigua independencia adoran:
 los de Segovia, los que baña el Dura...
 y el de Toledo en fin y el de Castilla
 do el morado pendon augusto brilla.

Allí el monarca, cabe tienda augusta
 con castillos de plata recamada,
 dentro de pompa y de riqueza onusta,
 fuera de gallardetes adornada,
 severo el ademan, la faz adusta,
 posa en el Cid la frente coronada.
 Parece meditar, y que acosado
 siente su pecho de mortal cuidado.

Alzóse de improviso, y estendiendo
 el apreo cetro, á la señal severa
 el bronce militar fue respondiendo
 y de las tropas la cancion guerrera.
 Rodrigo por las filas discurrendo,
 la calma infunde y el valor do quiera,
 y el guerrero novel su pecho avanza,
 y aprieta el viejo la nudosa lanza.

La lid se trava, el alarido crece,
 igneo vapor de muerte al aire sube,
 los guerreros... el campo desaparece:
 todo lo envuelve polvorosa nube;
 y el incesante estrépito parece
 el largo ahullir del infernal querube
 cuando brama en el Orco maldiciendo
 los venenosos labios remordiendo.

Zaragoza 24 de setiembre de 183.

JUAN DE LA PEZUELA.

TEATRO DE LA CRUZ.—EL DOTE DE CECILIA, *traducción del francés.*—**TEATRO DEL PRINCIPE.**—LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO, *drama en cinco actos, traducido del francés.*

No es la primera de estas piezas digna de un análisis detenido. La intriga mas pobre y vulgar es la intriga de su argumento: los caracteres son comunes y mal deslindados: las escenas tienen poca gracia y escaso interés.—Un caballero entra en una peluquería á comprar algunos artículos de perfumes por encargo ajeno, y mientras los preparan, aparece una linda jóven que viene, llena de pesar, á vender su cabellera. Horidor, este es el nombre del peluquero, le ofrece una cantidad que el Sr. Daniel, así se hace conocer el viagero, va pujando sucesivamente hasta quedar dueño de aquellos hermosos rizos que deja, como es natural y generoso, en su lugar, porque la jóven solo ha dado lan triste paso por salvar á su anciana madre, enferma en cama y sin recursos. Daniel se enamora en silencio y en silencio es correspondido: un cierto agente de cambio, baron y fátuo de marca mayor ha descubierto que la infeliz niña es hija única de un antes opulento marqués y pide su mano: Daniel es hijo del duque de N., que con un pleito cuya injusticia no sabia arruinó á aquel caballero: trae el documento que lo prueba: ha buscado á la desgraciada familia en Normandia y la halla al fin en París, donde, dejando confuso y avergonzado al fátuo, se casa con la sensible jóven de la hermosa cabellera. Como se ve facilmente nada ofrece de singular el argumento del drama: las equivocaciones del peluquero respecto á la profesion de Daniel dan materia á algunos chistes y rasgos cómicos.—La ejecución fue buena: el Sr. Mate desempeñó su papel, con el gusto y conciencia con que desempeña siempre su trabajo: expresó con acierto el modesto carácter

de la huérfana Teodora Lamadrid, y realzó con viveza y naturalidad su parte el señor Caltañóz que representaba al hablador y casquivano peluquero.

Los *Perros del monte de S. Bernardo* dan materia á un drama de complicadas, exageradas y amontonadas situaciones. Un rico platero vive en Grenoble del producto de su industria con su honrada familia: está en su compañía una jóven que pasa por sobrina suya y es hija heredera del duque de Crissac emigrado, como calvinistas, despues de la renovación del edicto de Nantes. En el momento que se preparan secretamente á marchar para activar el buen éxito de su empresa, el gobernador de la ciudad que ha descubierto la clase de la linda jóven, que está enamorado de ella, que es su mas próximo pariente, entra furtivamente en su casa á robar un cofre que contiene las pruebas de su nacimiento. Allí le sorprende el platero que cae, muerto á puñaladas en cuanto intenta pedir socorro y descubrir al criminal. En tanto un pintor, desposado secretamente con la supuesta sobrina del antiguo mayordomo del duque de Crissac, llega á su cita nocturna, sube á tientas la escalera: encuentra sangre, y al ir á llamar, acude la justicia que le prende como asesino condenándole á muerte: pero al ir á ejecutar la sentencia, un amigo del desgraciado pintor, Renato, intenta librarle por medio de una sublevación que es sofocada porque estaba de antemano descubierta; sin embargo el inocente condenado ha logrado tomar asilo en una iglesia, de donde le arranca su rival y le hace huir. Cinco años despues vaga el malvado gobernador D' Arlemon por el monte de San Bernardo en busca de desertores: la jóven condesa de Crissac viaja tambien con un hijo fruto de sus amores paisados: extraviados entre la nieve, hubieran perecido sin el auxilio de unos psetores y de Renato, ahora convertid eno guia; allí, descansando junto á una casbaña, mientras han ido sus salvadore

á buscar caballerías al hospital vecino, llega D'Arlemont que la reconoce y renueva sus pretensiones de amor; recházalas la jóven con desprecio; el malvado le enseña una cartera que contiene las pruebas de su nacimiento, sin las cuales no la es permitido alcanzar la herencia paterna, las mismas pruebas que, contenidas en el cofrecillo, sacó de casa del platero la noche del asesinato: ella coje la cartera fatal y la echa en el fondo del precipicio: desesperado D'Arlemont toma en sus brazos al niño y lo arroja en la sima: codicioso luego y sintiendo la falta de aquellos papeles que han de hacerle dueño de tan ricas posesiones á falta de su prima, quiere bajar á buscarlos al barranco, y cayendo de roca en roca, el infeliz se encuentra casi en lo profundo, sin luz, sin la mas remota esperanza de salvarse. Mas alto que él ha quedado el niño detenido en un remanso: suenan ladridos de perros que acuden á socorrer los viajeros extraviados: y en tanto la infeliz madre que fué transportada desmayada y delirante al convento de S. Bernardo, quiere salir á socorrer á su hijo, y encuentra á su esposo que hacia cinco años se hallaba refugiado en el asilo sagrado, aunque sin votos monásticos. Y cuando, aunque con pocas esperanzas, van á recorrer los montes, acuden los perros por las veredas escarpadas de las montañas y entre ellos uno trae caballero sobre su espalda al perdido niño: D'Arlemont recogido por los frailes llega moribundo y espira pocos instantes despues.

Literariamente vale bien poco el drama que analizamos: pero en cambio tiene un interés particular en algunas situaciones y está perfectamente puesto en escena: los perros estan regularmente enseñados, y el niño desempeña su parte con un aplomo superior á su edad. La ejecucion en general fué buena, distinguiéndose esta vez el Sr. Sobrado que tiene excelente disposicion y recursos en papeles semejantes al que representaba, y es lástima que salga de ellos. El pú-

blico llamó á las tablas á los perros despues de la representacion, aplaudiéndolos como á buenos é inteligentes actores.

LUCULO.

ALBUM.

La sesion del Liceo del jueves 21 del corriente estuvo regularmente concurrida: fue sesion ordinaria de competencia en que tomaron parte entre otros los señores Espronceda y Madrazo: aquel un trozo muy bello del Diabolo mundo: este una oda á la luna, de la señorita doña Gertrudis Avellaneda, llena de excelentes versos y de fecil y suave poesia.

El viernes representose en el teatro de la Cruz el nuevo drama, intitulado *Alfonso el Casto*. Es obra de D. J. Eugenio Hartzembusch, ausente ahora en Francia. Muy satisfecho salió el pueblo de tan notable produccion de que nos ocuparemos detenidamente en nuestro próximo número.

La junta gubernativa del Liceo autorizada al efecto por la delegada, ha dispuesto la venida á Madrid del célebre artista Rubini, que segun tenemos entendido estará aquí para primeros de setiembre y permanecerá hasta el 20 ó 25 del mismo mes; cantará exclusivamente en el salon del Liceo y ejecutará en él cuatro representaciones de ópera y dos conciertos. Se ha abierto una suscripcion por las seis funciones al precio de 240 rs. para los sócios y 360 para los que no lo son; los sócios tienen guardada su suscripcion personal hasta el día 4 del mes próximo y pasada esta época se dispondrá de las sobrantes en favor de los que las soliciten sean ó nó individuos de la sociedad.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.